

PLIEGO

Vida Nueva
2.995. 2-8
DE JULIO DE 2016



RAFAEL VÁZQUEZ JIMÉNEZ
Doctor en Teología Dogmática.
Profesor del Seminario
de Málaga y del ISCR San Pablo



La misericordia, viga maestra de la Iglesia

En la convocatoria del Año de la Misericordia que estamos celebrando subyace un deseo de renovación eclesial que ya comenzó con la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. ¿Qué reto nos supone y sobre qué principios se apoya esta reforma? ¿Es suficiente con poner en práctica las obras de misericordia o se nos pide una transformación mucho más seria? Más aún, ¿cómo podríamos traducir eclesialmente este Jubileo de la Misericordia? El papa Francisco nos recuerda que todos tienen cabida en este “hospital de campaña” que se llama Iglesia y que se apoya en la viga de la misericordia. Porque como no existe la Iglesia sin Palabra de Dios y sin Eucaristía, tampoco puede existir sin caridad.

En el trasfondo de la celebración de este Jubileo de la Misericordia, convocado por el papa Francisco con la bula *Misericordiae vultus*, existe todo un deseo de renovación eclesial ya comenzado con la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, con una invitación directa a ir a lo fundamental de la vida cristiana, que se enraíza en la Sagrada Escritura y en la Tradición y responde a las encrucijadas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

En numerosas ocasiones se escuchan comentarios del tipo: “Este Papa es un revolucionario”, “está reinventado la Iglesia”. Pero, ¿realmente el Papa lo está cambiando todo? Estas afirmaciones han alterado a ciertos sectores de la Iglesia, que no salen del desconcierto ante determinados gestos y declaraciones. Al margen de expectativas creadas, frases más o menos ingeniosas, gestos que podrían parecer populistas y nuevas leyendas oscuras que inventan confabulaciones involucionistas entre los pasillos del Vaticano, quisiera que nos adentráramos en el trasfondo de la renovación eclesial que nos propone el papa Francisco con este Jubileo de la Misericordia.

La gran pregunta sería: ¿qué podemos hacer para que la Iglesia camine por la “vía de la misericordia” (MV 10)? ¿Es suficiente con poner en práctica las obras de misericordia o se nos pide una transformación mucho más seria?

¿Qué reto nos supone y sobre qué principios se apoya esta reforma, a mi modo de ver? Y, más aún, ¿cómo podríamos traducir eclesialmente este Jubileo de la Misericordia?

La misericordia, un tema olvidado en la vida de la Iglesia

Siguiendo a W. Kasper en su obra *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana* (Sal Terrae, 2014), se puede afirmar que la misericordia, siendo un tema fundamental en la Sagrada Escritura, no ha tenido una adecuada consideración en el campo de la teología, ocupando un lugar marginal tanto en los diccionarios como en los manuales de dogmática; y ha sido tratado como uno más de los atributos divinos que derivan de la esencia del ser de Dios desde un punto de vista metafísico: eternidad, omnipresencia, omnipotencia, omnisciencia, infinitud, impasibilidad, etc.

Partiendo de la concepción del ser como perfección absoluta, a la dogmática le resultaba difícil incluir el lenguaje del sufrimiento en el ser de Dios, pues la misericordia implicaba que Dios se “compadecía”, “sufría” con el dolor del miserable. El “imposible” no podía compartir el sufrimiento del hombre, que desde la metafísica es considerado como una imperfección del ser (cfr. Kasper, pp. 19-20).

A nivel pastoral, este distanciamiento de Dios de sus criaturas y de sus historias de sufrimientos y debilidades, tuvo como consecuencia el distanciamiento

entre la fe y la vida, rompiendo con el principio que define al cristianismo: el principio de la encarnación.

Como tema relacionado, ha estado presente en el marco de la teología moral y la antropología, en el ámbito de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), especialmente vinculada a la caridad, como una más de las características del amor de Dios junto al perdón, la ternura, la universalidad, etc.

El principio de la misericordia, por tanto, siendo esencial en la tradición judeo-cristiana, no ha sido tomado como elemento de primer orden estructurador ni de la teología dogmática ni, consecuentemente, de la configuración de la Iglesia a partir del fundamento de la misericordia¹. Paradójicamente, el evangelio de Juan establece el criterio del amor como aquel que sostiene la identidad y la credibilidad de la Iglesia: “Amaos unos a otros como yo os he amado. En esto reconocerán que sois mis





discípulos, si os amáis unos a otros como yo os he amado” (Jn 13, 34-35).

Esto no significa que la historia de la Iglesia no esté regada por innumerables experiencias de caridad y de amor al prójimo. A lo que nos referimos es a que no se ha estructurado la vida de la Iglesia a partir de este principio de la misericordia, como, sin embargo, sí ha ocurrido a partir de los sacramentos o de las verdades de fe.

Así, por ejemplo, se considera cristiana y miembro de la Iglesia la persona que ha recibido el sacramento del bautismo, y podrá ser declarado herético y en excomunión –como ha ocurrido a lo largo de la historia– por no estar conforme con la verdad propuesta por la Iglesia como revelada. Son, por tanto, el principio sacramental y el principio de la recta doctrina los que determinan la pertenencia a la Iglesia. Todavía podríamos decir que el principio sacramental ha tenido

un peso mayor en la configuración de la vida eclesial, pues aunque una persona no esté del todo en comunión con la doctrina de la Iglesia, su bautismo lo sigue manteniendo unido a la Iglesia. Sin embargo, nadie es apartado de la Iglesia por no amar lo suficiente al prójimo –salvo en el caso de hechos escandalosos como el aborto–, o por no poner en práctica las obras de misericordia: por no socorrer al hambriento, por no visitar a los enfermos, por no vestir al desnudo, etc.

Siendo, por tanto, el mandamiento del amor determinante en el anuncio y la vida de Jesucristo, no es tomado como un principio constitutivo de la estructuración y de la naturaleza misma de la Iglesia. Algo que choca con la afirmación del Concilio Vaticano II: “No se salva, aunque esté incorporado a la Iglesia, quien, no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia ‘en cuerpo’, mas no ‘en corazón’” (LG 14).

Resulta sorprendente que el mismo Código de Derecho Canónico dedique un libro al *munus docendi* o función de enseñar de la Iglesia (libro III) y otro al *munus sanctificandi* o función de santificar (libro IV), pero no dedique ningún capítulo a los deberes del pueblo de Dios en orden al amor². Solo dos cánones hacen referencia a esta cuestión: el canon 222 &2, en el que se afirma que los fieles tienen el deber de promover la justicia social recordando el precepto del Señor de ayudar a los pobres; y el canon 1752, en el que se afirma que la salvación de las almas debe ser siempre la ley suprema en la Iglesia. Una laguna considerada por algunos como imperdonable en el Catecismo de la Iglesia Católica que regula la vida de la Iglesia en base a sus principios fundamentales, pues echan de menos que el principio del amor no tenga un claro reflejo eclesiológico³.

Queda justificada, por tanto, nuestra afirmación de que la misericordia, aunque haya tenido en la vida de la Iglesia una importancia extraordinaria –tal y como se hace patente en la vida de los santos y de tantas Cáritas parroquiales–, no ha sido considerada como principio constitutivo de la misma. De ser así, la pertenencia a ella no debería reducirse a la recepción de los sacramentos o a la adhesión a una doctrina.

El nuevo protagonismo del “principio misericordia”

Desde el Concilio Vaticano II se observan distintos intentos de situar la misericordia en el centro del anuncio y la praxis eclesial. De hecho, se prefirió hacer un anuncio más “pastoral” que “doctrinal”, más con el corazón del pastor que con la toga de los jueces.

Fue el papa san Juan XXIII el primero en asumir este desafío. En el discurso de apertura del Concilio, *Gaudet Mater Ecclesia*, afirmaría que “en nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad (...). La Iglesia católica, al elevar la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella”.

Y así, los documentos del Concilio, sin negar la verdad de la revelación, adoptaron un nuevo tono y un nuevo estilo al enseñar la doctrina. Se supo compaginar la misericordia y la verdad, proponiéndose la parábola del buen samaritano como icono de la Iglesia, como haría el papa **Pablo VI** en el discurso de clausura del 7 de diciembre de 1965: “Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro tiempo ha sido la caridad (...). La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio (...). Una corriente de afecto y admiración se ha volcado hacia el mundo moderno”.

El papa san **Juan Pablo II** dedicaría posteriormente su segunda encíclica a la misericordia de Dios, *Dives in misericordia* (1980). Y la primera encíclica del papa emérito **Benedicto XVI** definirá el ser de Dios como amor, *Deus caritas est* (2005). En ella se afirma que la caridad “no es una especie de actividad de asistencia social, sino que pertenece a la naturaleza [de la Iglesia] y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (DCE 25) junto con el anuncio de la Palabra de Dios y la celebración de los sacramentos. Un intento por recuperar la importancia del mandamiento del amor junto al *munus docendi* y al *munus sanctificandi*.

El papa Francisco ha vuelto a poner el principio del amor en el centro de la vida de la Iglesia: “¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que ya está presente en medio de nosotros” (MV 5).

La misericordia, *articulus stantis et cadentis ecclesiae*

“Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad” (MV 2). Así define el papa Francisco la esencia del Dios revelado a lo largo de la historia de la salvación.

Con la contemplación del Dios misericordioso se rompen las barreras entre Dios y el hombre, pues “misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro” (MV 2) y se hace concreto en Jesucristo, “el rostro de la misericordia del Padre” (MV

1). Un concepto de revelación que se impuso como novedoso a partir del Concilio Vaticano II, cuando la constitución *Dei Verbum* nos presentó a Jesucristo como la plenitud de la revelación que se había ido realizando progresivamente a lo largo de la historia de la salvación (cfr. DV 2-4).

Al definir la esencia de Dios como misericordia, cae el concepto metafísico del Dios impassible de los filósofos. Dios se “compadece” de las miserias del hombre, y el sufrimiento de este Dios no afecta para nada a su perfección y omnipotencia, sino que, por el contrario, revela la inmensidad de la potencia del amor.

Consecuencia de esta definición de Dios, que se revela amando y que descubre su rostro cuando actúa la misericordia hasta el extremo en la muerte y resurrección de Jesucristo, es una Iglesia que se ha de sustentar forzosamente en la misericordia, y que se realiza a sí misma cuando actúa en el mundo esa misericordia sin límites.

Jesús no nos ha ofrecido una definición metafísica de Dios, ni se ha perdido en grandes discursos sobre el ser de Dios, sino que nos lo ha revelado en su entrega, como nos dice el papa Francisco: “Con la mirada puesta en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud (...). Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona y ofrece gratuitamente. (...) En él todo habla de misericordia” (MV 8).

En la Iglesia todo ha de hablar de misericordia. Y así llegamos a la que –a nuestro modo de ver– puede ser considerada la gran afirmación eclesiológica de la bula *Misericordiae vultus*, clave para la reforma eclesial iniciada por el Papa: “La misericordia es la viga maestra que sostiene toda la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo” (MV 10).

Afirmaba **Lutero** que la justificación por la fe es el *articulus stantis et*

cadentis ecclesiae, el artículo maestro y rector en base al cual se sostiene o cae la vida de la Iglesia (cfr. WA 39/I,205,1-5); el criterio por excelencia en que se apoyó para llevar a cabo una reforma que terminó en ruptura y que tuvo como resultado una organización y estructuración de la Iglesia radicalmente distinta a la de la Iglesia católica.

La frase del papa Francisco, “la misericordia es la viga maestra que sostiene toda la vida de la Iglesia”, recuerda a la misma expresión de Lutero, y supone redimensionar el principio de la misericordia en la descripción del ser de la Iglesia. Por ello continúa afirmando que “todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo” (MV 10).

Como se puede observar, la invitación del Papa va mucho más allá de la simple propuesta de que en este año jubilar los cristianos pongan en práctica las obras de misericordia corporales y espirituales, o de que retomemos este tema en clave de espiritualidad y acudamos al sacramento de la penitencia. Sería quedarnos en la superficie de la reforma profunda a la que se nos anima. Se trata de una renovación que afecta al mismo ser o *natura* de la Iglesia, de la que brotará una nueva configuración y estructuración del hacer y del estar de la Iglesia en el mundo, con una praxis eclesial que revele su identidad auténtica. Porque la misericordia, antes de definir el “hacer” de la Iglesia, define su ser profundo, su vocación y su auténtica realización.

Volviendo al inicio: ¿realmente el Papa está cambiando o reinventando la Iglesia? Obviamente, el Papa continúa con la tradición de la Iglesia, pero no deja de recordarnos, retomando la afirmación del papa Benedicto XVI, que si el anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*) y la celebración de los sacramentos (*leiturgia*) expresan la naturaleza íntima de la Iglesia, el principio de la misericordia es también esencial en la concepción de la Iglesia y ha de regir toda su vida, implicándose



mutuamente y no pudiéndose entender por separado (cfr. DCE, 25).

De manera que, así como no existe la Iglesia sin Palabra de Dios y sin Eucaristía, tampoco puede existir sin caridad. Una Iglesia que no viva la caridad oscurece el misterio del amor-*ágape* que la anima y estructura. Todo en la Iglesia está bajo el signo de la misericordia, ella es la “forma” que determina y condiciona la “materia” Iglesia. Todo lo que se sustrae a la lógica del amor no es eclesial y supone una renuncia a su propia identidad.

“La fe engríe, mientras que el amor edifica” (1 Cor 8, 1)

Se hace necesaria una superación de la dialéctica entre la fe y la caridad, o, mejor dicho, entre la fe comprendida a nivel excesivamente intelectual o doctrinal, es decir, más como *fides quae* (contenido de la fe) que como *fides qua* (confianza en Dios que se revela). Claramente, la Iglesia católica, frente a la fe fiducial del protestantismo, ha

remarcado la dimensión objetiva de la fe, sus contenidos doctrinales, y ha establecido como elemento determinante de identificación eclesial el Credo o el Símbolo de la fe, estrechamente vinculado al bautismo.

La ortodoxia, es decir, la fidelidad a la doctrina de la fe custodiada por el magisterio, ha sido el criterio último para mantener a la Iglesia de todos los tiempos en fidelidad con la Iglesia fundada por Cristo. La profesión de fe ha sido criterio determinante de pertenencia a la Iglesia, excluyéndose a quien no la comparte o la deforma. Ha sido, por tanto, el concepto noético de la fe (*gnosis*) el que ha prevalecido como criterio, frente a un concepto agápico de la misma (*ágape-caridad*). Y esta ortodoxia ha dejado tras de sí una larga historia de anatemas, excomuniones, persecuciones e intolerancias que aún hoy cuelgan como un lastre pesado que no resulta fácil soltar.

Ahora bien, ¿se puede sustituir el principio de la ortodoxia por el principio del amor? Es decir,

¿puede sustituir el principio del amor al principio de la verdad?

Nos puede ilustrar en la respuesta H. U. von Balthasar, quien analiza en su obra *Gloria*, en el volumen VII dedicado al Nuevo Testamento, los textos de 1 Cor 8 y Rom 14.

Ambos textos abordan la cuestión de la licitud de comer la carne sacrificada a los ídolos, un problema que se plantea en estas comunidades conformadas por cristianos convertidos del paganismo, en las que hay aún algunos que consideran una inmoralidad comer la carne consagrada a los ídolos. Otros, persuadidos de que los ídolos no existen y sustentados por la fe en Jesucristo, que los ha liberado de toda superstición, consideraban que la carne inmolada a los ídolos era igual que otra. El problema era que estos escandalizaban a los que no comían, y surge un problema interno en la comunidad: ¿es lícito comer la carne inmolada a los ídolos?

Pablo está convencido de que ningún alimento es impuro por sí mismo, pero advierte: “Tened cuidado, no sea que vuestra misma libertad se convierta en piedra de escándalo para los débiles” (1 Cor 8, 9). Y propone en el actuar de la comunidad la superación de la *gnosis*, el conocimiento, por el *ágape*, el amor: “Así por tu conocimiento se pierde el inseguro, un hermano por quien Cristo murió” (1 Cor 8, 11); “acoged al débil en la fe, sin discutir sus razonamientos” (Rom 14, 1). Pablo, aunque está convencido de que lo único que salva es la fe en Jesucristo, pide acogida y respeto a los hermanos más débiles que no llegan a comprender la totalidad de su doctrina: “Procuremos lo que favorece la paz y lo que contribuye a la edificación mutua. No destruyas, por causa de un alimento, la obra de Dios” (Rom 14, 19-20). Al final, lo que cuenta, por encima del conocimiento, es el amor, porque –como él mismo afirmará– “el conocimiento engríe, mientras que el amor edifica” (1 Cor 8, 1).

Tras el análisis de estos textos, Balthasar llega a la conclusión de que en Pablo, junto a la doctrina de la justificación y como consecuencia directa de esta, se da una eclesiología dominada por la prevalencia del *ágape* sobre la *gnosis*⁴.

Ciertamente, el criterio de la misericordia no puede sustituir al de la profesión de fe, pues este es necesario para mantener la comunión y la fidelidad a la doctrina de Cristo, su fundador. De lo contrario, degeneraría en ruptura y división. Entre otras cosas, porque nos haría caer en el extremo opuesto, restringiendo aún más la pertenencia a la Iglesia, con el riesgo del moralismo en defensa de una ortopraxis que excluiría a los pecadores y nos conduciría hacia un nuevo catarismo eclesial que defendiera la santidad a ultranza de sus miembros. Es por ello que la propuesta equilibrada ha de ser la de la integración del principio de la fe en el principio del amor como constitutivo de la naturaleza de la Iglesia, que nos libere de exclusivismos y anatematismos y nos haga sentir a los otros como hermanos, aunque sean “débiles”.

Se ha de concluir afirmando que no existe fe auténtica sin misericordia, pues la fe, si no está informada por la caridad, no es auténtica ni salvífica. La fe no puede ser considerada solo como una acto de adhesión a las verdades reveladas, sino como acogida y traducción histórica del amor de Dios manifestado en Cristo. Por tanto, cuando la fe no es manifestación del amor y de la misericordia, no es fe auténtica⁵.

Solo cuando la fe manifiesta el amor de Dios nos introduce en el Reino, como nos recuerda el pasaje del juicio final de Mateo: “Apartaos de mí, malditos. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis...” (Mt 25, 41-43). Es decir, apartaos de mí porque decíais que teníais fe, pero no fuisteis misericordiosos.

El papa Francisco no está rechazando el principio de la verdad de la fe como principio constitutivo de la Iglesia, sino recordándonos a los cristianos que no existe una fe sin amor, que la fe auténtica está siempre informada por la caridad. En palabras suyas: “Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario

e indispensable. (...) Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos (MV 10).

¿Cómo traducir eclesialmente el principio de la misericordia?

Tras esta propuesta de una eclesiología renovada que integre el principio olvidado de la misericordia como constitutivo del ser de la Iglesia, ofrecemos algunas consecuencias prácticas que podrían hacer que la Iglesia caminase por la vía de la misericordia.

■ **La Iglesia, sacramento de la misericordia al estilo de Cristo**
Las constituciones *Lumen gentium* y *Gaudium et spes* del Vaticano II definieron a la Iglesia como “sacramento universal de salvación” (cfr. LG 1, 48; GS 45), afirmando que el proyecto salvífico de Dios que “ya comenzó en Cristo, progresa con el envío del Espíritu Santo y por Él continúa en la Iglesia” (LG 48). Por eso, se dirá: “No se mueve la Iglesia por ninguna ambición terrena, solo pretende una cosa: continuar bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra del mismo Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido” (GS 3).

No es solo la Iglesia sacramento de salvación por anunciar la verdad, sino, sobre todo, por ser continuadora de la obra de Cristo y al estilo misericordioso de Cristo. En esta misma línea, el papa Francisco realiza una relectura de la naturaleza y la misión de la Iglesia a partir de la misericordia. Ella –afirmará el Papa en MV 12– “tiene la misión de anunciar la misericordia de

Dios”, “sale a encontrar a todos, sin excluir a ninguno”, “testimonia en primera persona la misericordia”. Se convierte, por tanto, en instrumento de la misericordia de Dios. De igual modo, se destaca en MV 12 que la Iglesia “hace suyo el comportamiento del Hijo de Dios” y “vive la misericordia”, siendo para el mundo signo creíble de la misericordia.

Aquello que la Iglesia anuncia no puede separarse del modo como lo vive. Ella no puede anunciar el amor de Dios, que es su verdad más absoluta, si no lo hace amando al estilo de Cristo. Por eso afirma el Papa: “La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia (MV 12).

■ Hacia una nueva evangelización: la Verdad integrada en el Ágape

La revelación no es un conjunto de verdades que la Iglesia transmite de generación en generación, sino la manifestación de un Dios que ama de generación en generación. Dios se revela salvando y salva revelándose, porque se revela amando y ama revelándose.

La nueva evangelización no es solo una cuestión de anuncio de la Palabra, sino de la proclamación de un mensaje de amor que previamente es acogido como propio y se convierte en experiencia de misericordia.

El teólogo evangélico E. Jüngel afirma: “Narrar el ser de Dios no puede ser ni significar otra cosa más que narrar el amor de Dios”⁶. Dios no es solo amor, sino el evento irradiante del mismo amor. No es la conceptualización del amor, sino el amor dándose, el amor que se hace historia, el amor encarnado: el ser de Dios es su historia de amor.

Habrà que aprender a conjugar en la evangelización el anuncio con el testimonio. Es decir, la transmisión, más que de verdades absolutas, de una experiencia de misericordia absoluta que llena el corazón del creyente y le



sobrepasa transformándose en entrega y servicio. No se puede contar el amor de Dios si no se hace con la toalla ceñida a la cintura y la jofaina en la mano, como el Maestro en la última cena.

■ **La misericordia amplía las fronteras visibles de la Iglesia**

La superioridad del *ágape* frente a la *gnosis* nos permite ensanchar las fronteras visibles de la Iglesia afirmando la *ecumene* del amor. Ya el Concilio Vaticano II describió la pertenencia a la Iglesia en círculos concéntricos, reconociendo que están a ella plenamente incorporados los miembros de la Iglesia católica (cfr. LG 14), aunque sin rechazar la comunión parcial con los cristianos no católicos que no profesan de forma íntegra la fe (cfr. LG 15), o con los que aún no han recibido el Evangelio, pero reconocen al Creador, o con los que buscan entre sombras al Dios desconocido (cfr. LG 16). La Iglesia reconoce todo lo que hay de bueno y verdadero en cada persona y en cada cultura como una preparación al Evangelio (cfr. LG 17). La salvación universal de Dios, por tanto, supera los límites de la predicación del Evangelio y nos hace reconocer cómo la acción del amor de Dios sobre el corazón de los hombres se anticipa al anuncio de la verdad que nos salva.

Un tema que viene reinterpretado desde la misericordia el papa Francisco en *Misericordiae vultus*, al afirmar que “la misericordia posee un valor que sobrepasa los confines de la Iglesia” (MV 23), suponiendo un gran estímulo para la tarea ecuménica y el diálogo interreligioso.

El criterio de la misericordia prima frente al de la doctrina, pues “no se salva el que no permanece en el amor, aunque esté incorporado a la Iglesia, pues está en el seno de la Iglesia con el “cuerpo”, pero no con el “corazón” (LG 14). Que es lo mismo que afirmar que, aunque estemos unidos a la Iglesia por vínculos sacramentales o de profesión de fe, si esta fe no está informada por el amor, no es auténtica fe salvífica. Y que existen otro tipo de vínculos basados en el amor que nos unen por encima de la integridad de la fe.

Manteniendo vivo y operante el principio de la misericordia, caerán por sí solas las divisiones doctrinales y teológicas, como ya

se ha podido comprobar a nivel ecuménico, cuando el diálogo de la caridad, que se traduce en gestos de acercamiento entre las Iglesias, ha permitido establecer el diálogo de la verdad, abordando sin prejuicios y con libertad grandes temas teológicos que nos distanciaban.

■ **El nuevo lenguaje de la misericordia**

El principio de la misericordia rechaza toda tentación de situarnos frente al mundo como jueces intolerantes para tomar apasionadamente los caminos de la condescendencia divina, de la *kénosis* del Hijo y de la libre acción del Espíritu.

Nuestro lenguaje debe expresar la ternura de Dios que sale al encuentro de sus hijos, que no enjuicia ni discrimina. Un lenguaje que valore lo positivo que hay en cada persona y en cada realidad y lo que de Dios podemos encontrar en ella. Un lenguaje que proponga verdades y no las imponga, que respete la libertad de cada ser humano y lo estimule en su camino de búsqueda personal. Este es el lenguaje, por ejemplo, de la exhortación *Amoris laetitia* del

papa Francisco, en la que se ofrece la verdad del amor y del matrimonio, se tiene en cuenta a cada persona en sus circunstancias y se acoge a aquellos que no pueden vivir esta realidad del matrimonio en plenitud, sin rechazar ni juzgar, sino mostrando la ternura de la madre y estimulando en el avance hacia el ideal.

Este mismo principio de la misericordia es el que ha de aplicarse en otras tantas cuestiones, como la homosexualidad, los jóvenes, los no creyentes, etc. Pues la Iglesia, como buena madre, no debería dormir tranquila cuando sabe que sus hijos se han sentido heridos por sus palabras y sus juicios faltos de amor y de ternura.

■ **La autoridad como expresión de la misericordia**

La palabra “ministerio” significa “servicio”, y todo ministro ordenado no es más que un servidor del pueblo de Dios que actúa en nombre de Cristo. Pero no solo en su nombre, sino también a su estilo. Por eso un ministerio ejercido sin amor no es nada. Como afirma el teólogo



ortodoxo N. Afanassief: “En la Iglesia que es amor, no puede existir más poder que el del amor. Dios no da a los pastores el carisma del poder, sino del amor”⁷.

La autoridad nos viene de Dios, que se ha despojado de todo rango y ha tomado la condición de esclavo (cfr. Flp 2, 6-11). Pensar la autoridad como un “poder exclusivo” recibido de Dios no es más que la mundanización del poder.

Han aparecido incluso en la Iglesia estructuras penales contagiadas de la lógica del mundo y no de la lógica de Dios. Frente al pecado, la única actitud que cabe es la del amor; y no la de la marginación, aunque se justifique como medicinal. El pecador no es más que alguien profundamente necesitado de descubrir el incommensurable amor de Dios⁸.

El papa Francisco es muy valorado actualmente por miembros de otras confesiones cristianas e incluso por líderes religiosos no cristianos. Uno de los grandes argumentos que ofrecen es su humildad. Una vez más, ha sido el principio de la misericordia el que ha permitido que el debate sobre el ministerio petrino –de gran dificultad a nivel ecuménico– se haya relajado. Ya san Juan Pablo II había pedido en la encíclica *Ut unum sint* (1995) una revisión del ejercicio del ministerio de Pedro para que no fuese un escollo a nivel ecuménico (cfr. UUS 95). El gran avance, sin embargo, se ha producido cuando se ha comenzado a ejercer la autoridad partiendo del principio de la misericordia, que se hace entender sin necesidad de grandes discursos ni debates teológicos.

■ **La *fractio panis* como *fractio vitae***
San Pablo afirmará en la primera carta a los Corintios que no es lícita una celebración eucarística en la que la caridad no sea testimoniada en lo concreto del compartir con los más pobres (cfr. 1 Cor 11, 23-34). No hay Eucaristía si no acontece en el contexto del *ágape*-amor.

Ciertamente, la Eucaristía es siempre válida, por el *ex opere operato*, pero ausente en ella el principio del amor no produce su efecto, y suscita –siguiendo a san Pablo– el castigo divino y la muerte espiritual: “Se come y se bebe la propia condenación” (1 Cor 11, 29).

De ahí que podamos hablar no solo de dos mesas en la celebración eucarística –la mesa de la Palabra y la del cuerpo y la sangre de Cristo–, sino que habría que añadir una tercera mesa, la de la caridad, que se expresa en los ritos del ofertorio; no solo del pan y del vino, sino también de la aportación económica. Ritos que hoy han perdido su fuerza significativa, pero que son manifestación de una Iglesia que no se encierra en los muros del templo y se hace ofrenda a Dios y a los hombres, especialmente a los más pobres⁹.

Una celebración eucarística que no sea expresión de la misericordia de Dios no sería expresión de la Iglesia fundada por Cristo, que lleva la impronta de la misericordia en su misma naturaleza.

Conclusiones

Cada vez que la Iglesia se pone al servicio de los demás y camina por la vía de la misericordia hace presente el entrañable amor del Padre, se hace sacramento de misericordia. Ella es caricia de Dios para la humanidad, abrazo para el que sufre, mirada comprensiva para el pecador, palabra amable para quien necesita consuelo, mano que levanta al que se hunde en las aguas de la increencia, muleta de apoyo para tantos accidentados y atropellados por la maquinaria del consumismo, hogar para quien se ha visto desahuciado o camina sin rumbo como inmigrante en tierra extraña, compañera que alivia la soledad de los ancianos, familia para los niños abandonados, refugio para los jóvenes que han naufragado en los mares de un amor manchado de egoísmo o unas promesas de plenitud constantemente frustradas por el vacío de las drogas.

Sacramento de la misericordia de Dios, cuando nuestro actuar lleva la marca de la jofaina y la palangana del Jueves Santo, la firma del servicio desinteresado. El papa Francisco insiste en definir a la Iglesia como un “hospital de campaña tras una batalla” donde se acoge a todo enfermo, toda persona dolorida, sin preguntar de dónde viene, ni su número de identificación, donde no se hace acepción de personas... Todos tienen cabida en este “hospital de campaña” que se llama Iglesia y que se apoya en la viga de la misericordia.



Notas

1. Cfr. S. DIANICH, “*De caritate ecclesia*. Introduzione ad un tema inconsueto”, en ATI, *De caritate ecclesia. Il principio ‘amore’ e la Chiesa*, Padova, 1987, pp. 29-34.
2. A. MASTANTUONO, “Carità”, en G. CALABRESE-P. GOYRET (eds.), *Dizionario di ecclesiologia*, Roma, 2010, pp. 121-122.
3. Cfr. S. DIANICH, “*De caritate ecclesia*”, pp. 28-29.
4. Cfr. H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica. VII. Nuevo Testamento*, Madrid, 2007, pp. 362-366. En estas páginas también se refiere Balthasar a Hch 19, 21-21, 16, donde se observa cómo la circuncisión es respetada para aquellos miembros de la comunidad cristiana que procedían del judaísmo bajo el lema “sobrellevar al hermano débil”.
5. Cfr. C. MOLARI, “La Chiesa come agape”, en ATI, *De caritate ecclesia. Il principio ‘amore’ e la Chiesa*, Padova, 1987, pp. 259-261.
6. E. JÜNGEL, *Dios como misterio del mundo. Sobre el fundamento de la teología del crucificado en la lucha entre teísmo y ateísmo*, Salamanca, 1984, p. 403.
7. N. AFANASSIEF, *L’église du Saint Esprit*, Paris, 1975, p. 361.
8. Cfr. C. MOLARI, “La Chiesa come agape”, p. 262.
9. Cfr. D. VITALI, “*Fractio vitae*. La carità come principio fondante della Chiesa”, en *Presbyteri* 41 (2007), p. 394.